

# Don Marcelino y la Filología clásica

POR

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA

*Catedrático de Filología Latina*

Tengo derecho a llamarle D. Marcelino porque así le llamaba mi maestro D. Eloy Bullón cuando de él nos hablaba. Pero más aún porque soy su continuador, el único entre los cultivadores actuales de la filología clásica en España que sigue el camino por él trazado y cuya concepción de la ciencia en general se identifica totalmente con la suya. En efecto, si por una parte es notoria la fecunda actividad de un grupo de filólogos que en Madrid, Barcelona, Salamanca y Santiago mantienen a decorosa altura internacional nuestros estudios clásicos, por otra parte la formación de casi todos ellos, aunque no del todo homogénea en los detalles, tiene de común el ser lo más alejado que en cabeza humana pueda haber de la manera cómo D. Marcelino Menéndez y Pelayo entendía la ciencia en general, y en particular la filología clásica. Pues dicha formación se caracteriza por la absoluta ausencia de filosofía, teología, e historia de la propia ciencia, y por un especialismo cerrado en el que predominan ya la *hiberbórea* lingüística, ya la epigrafía o papirología, ya, en general, la sumisa aceptación de lo que más unánimemente pasa por bueno en filología clásica en Inglaterra, Francia, Italia o Alemania, en donde es también lo más corriente ese limitado especialismo. Pero ¿puede haber un concepto de la ciencia más alejado que éste del que tenía D. Marcelino? ¿Es que la maravilla de ese monumento gigantesco que son sus obras, en las que no se sabe qué admirar más, si la solidez y profundidad del saber, su extensión enciclopédica, la gracia, perfección y poderío del estilo, el soberano entrelazamiento constante de todas las ramas del saber, el brío y valentía para decir la verdad, la integérrima honradez y grandeza de miras,

la sincerísima y naturalísima modestia y buen corazón, o, en suma, el genio de uno de nuestros más excelsos clásicos, no es la más perfecta demostración de que lo que él entendía por ciencia, y lo que es la ciencia, sólo puede lograrse por la feliz conjunción de un especialismo auténtico con un saber enciclopédico, al menos en aspiración? ¿No es también la más definitiva negación de esa teoría según la cual sólo puede ser buen especialista el que sólo es especialista? Quienes sólo son especialistas deben comprender que por muy buenos que ellos sean, no es imposible que existan otros que lo sean tanto como ellos y en la misma materia, pero que además sepan otras cosas. La vida y la obra de D. Marcelino son de ello la más espléndida prueba y la más segura e indeclinable guía.

Pero no es ése, con serlo mucho, el más caudal de los ejemplos y servicios de D. Marcelino para la filología clásica de nuestros días. Quienquiera que, después de conocer las obras de D. Marcelino y la bibliografía hasta 1939, repase con atención la bibliografía menéndezpelayista de los últimos veinte años, que, por cierto, hasta 1956, está recogida con pericia de consumado bibliógrafo por Simón Díaz en el número-homenaje de julio-agosto de 1956 de *Arbor*, podrá advertir que de todos los aspectos estudiados por esa bibliografía en las obras de D. Marcelino los que destacan, tanto por sí mismos como por el valor de los trabajos sobre ellos, son, con una gran diferencia, los que se refieren a D. Marcelino como historiador. Y aunque Bonilla y San Martín, uno, dicho sea de paso, de nuestros grandes filólogos (y no *solamente* polígrafo), ignorado por las generaciones actuales, estableció, con su singular clarividencia, la armónica unidad de la triple personalidad de D. Marcelino como historiador y crítico, como humanista, y como estilista, para mí es evidentísimo que el historiador domina en D. Marcelino al humanista y al estilista, y que su más gigantesco valor está en ser un historiador de la talla de Ranke, de Zeller, de Taine, de Grote, de Michelet, de Macaulay, de Gibbon, de Baronio, de Flacio, de Tito Livio o de Tucídides. Ahora bien, si como historiador de sucesos y de ideas está a la altura de los grandes clásicos de la historia de la historiografía, todavía se levanta por encima de ellos en cuanto historiador de la propia historiografía. Pues más que hacer la historia de los Papas es hacer la historia de la historia de los Papas, y si en la actualidad hay en el mundo una tendencia verdaderamente fecunda en el cultivo de la ciencia, ella es la tendencia a conceder una importancia cada vez mayor, y espléndida ya en todo caso, a la historia general y particular de las ciencias. Cualquiera que conozca las obras de Cantor, Loria, Sarton, Duhem, Mieli o Thorndike, y las correspondientes secciones de ese maravilloso tesoro de la ciencia bibliográfica que son los cuatro magníficos tomos del gran Manual de la Srta. Malclès, digno conti-

nuador de los monumentales tratados de Schneider, Langlois y Petzholdt, así como la lucidísima fundamentación teórica de la bibliografía que ha presentado Varet, y la abundante proliferación de revistas y empresas consagradas a la historia de la ciencia, que ha culminado en el flamante Archive for History of Exact Sciences de Truesdell, sabrá bien cuán in-exhausta y cuán por hacer está todavía la ciencia, que sólo el ignorante y superficial juicio de los que apenas se han asomado a ella es capaz de atreverse a declarar conclusa, agotada y en crisis. Si esto es así en todas las ciencias, con mayor motivo que en ninguna lo es en filología clásica, cuya historia está casi del todo por hacer. Yo me he propuesto iniciar esa tarea, y he trazado el plan de una *Historia de la Filología Clásica, desde el Renacimiento hasta nuestros días y en la perspectiva de la historia general de la ciencia moderna*, en la que trabajo en la actualidad. Y al hacerlo, al advertir la pequeñez, parcialidad e insuficiencia de las historias de Heeren, Hallam, Urlichs, Langlois, Lucian Müller, Bursian y Sandys, que pasan, con razón, por las mejores existentes sobre la materia (destacan en todo caso muchísimo sobre los esqueléticos e inútiles resúmenes de Hübner, Creuzer, Reinach, Gudemann, Wilamowitz, Kroll, Funaioli y Giarratano), y la total ausencia de obras más recientes que no sean caóticas y sencillamente inútiles, y buscando yo siempre el modelo y aliento de las grandes y permanentes obras con preferencia al de las últimas y atropelladas investigaciones, he venido a encontrar en D. Marcelino el más perfecto y levantado ideal de la obra de historia de la ciencia. En este caso el hallazgo tiene un especial valor de revelación, porque habiendo yo consagrado quince años de mi vida a recorrer con casi exclusiva preferencia la ciencia europea no española, de ahora y de antes, y no sólo en la filología clásica, sino también en la filosofía, la teología, la historia, y la filología bíblica, no puede no ser maravillosamente gozoso encontrar, a la vuelta, que nadie ha dicho tan bien como D. Marcelino todo lo que él ha dicho (y lo ha tratado casi todo). Para poner uno entre los infinitos ejemplos posibles, hay que decir muy alto que la defensa que del Renacimiento hizo D. Marcelino, ¡a los 20 años de edad!, frente a la postura de extrema derecha de Pidal y Mon, es lo más grande, lo más perfecto, lo más sabio, lo más sólido, lo más profundo, lo más exacto, lo más genial que nadie ha dicho jamás en parte alguna acerca del Renacimiento. Nada tan excelente es posible encontrar, pues, no ya en la introspección con que el propio Renacimiento se definía y juzgaba a sí mismo en los siglos XV y XVI, no ya en las grandes empresas historiográficas del XVII, no en las demoledoras y novedosas del siglo de las luces, no en las obras sobre el Renacimiento de los tan mediocres como famosos historiadores décimonónicos Jakob Burckhardt, George Voigt,

John Addington Symonds, Ludwig Geiger, Joel Eliah Spingarn, Émile Egger, Heinrich August Erhard, Carl Hagen, Mark Pattison, o los antes citados Hallam, Müller, Urlichs, Wilamowitz, Bursian y Sandys, no en las obras de los célebres historiadores de nuestro siglo Huizinga, Febvre, Sarton, Croce, Gooch o Thompson; sino tampoco en las de las colosales figuras antes mencionadas: Ranke, Taine, Michelet, Gibbon, ni tampoco en las si no geniales, al menos deliciosas obras sobre temas renacentistas de los hermanos Nisard, de Renouard, de Didot, o de Daunou; y ni que decir tiene que tampoco en las grandes Historias universales o de las civilizaciones, cualesquiera sean sus méritos, ni en las obras de los grandes filósofos del presente, y ni por asomo, claro está, en las de los filólogos de nuestros días.

Siendo esto así, ¿cuál es ese alto ejemplo que D. Marcelino presenta a la filología clásica de nuestros días? Pues la lección de que nada sería más absurdo que que la ciencia de la Antigüedad ignorase su propia antigüedad o historia como tal ciencia; de que toda ciencia abarca a su vez su propia historia; de que la torpe exclusión de la bibliografía antigua o «anticuada» es el más brutal obstáculo para el propio progreso de la ciencia; de que no hay entre bibliografía «moderna» y «anticuada» ningún límite que no sea ramplonamente utilitario o para salir del paso y propio de cabezas tenebrosas y decididamente hostiles a todo progreso personal, puesto que se obstinan en no conocer más que los pocos librecillos en que se ha fundado su formación, y las pocas novedades que van apareciendo, que, siempre, por vertiginoso y demás monsergas que sea el progreso actual, son infinitamente más limitadas, fáciles y cómodas de adquirir que los océanos de la erudición antigua sepultada en los millones de libros de las grandes bibliotecas; y en suma, de que la verdadera ciencia es, como la de D. Marcelino, la de los formados en esas grandes bibliotecas, la de los sabios «de cal y canto» que decía el desdichado Sr. de la Revilla, y no, desde luego, la de los que dictaminan que ser sabio en una disciplina es saber la media docena de libros que ellos se saben, y que el que sepa más queda excomulgado de la cofradía de la disciplina en cuestión. Son esas cabezas las que nos presentan, como grandes especialistas de nuestros días, a aquellos cuyos servicios a la civilización europea se cifran en haber discutido durante cuarenta años sobre si la *l* de *Capitolium* fué o no primitivamente una *d* y otras grandezas de ese jaez, de las cuales tan acerada como donosamente se burló D. Marcelino en varias ocasiones, como a la vista está en sus obras. Son también éstos, dentro y fuera de España, quienes estiman un crimen de lesa filología el hablar de la filosofía de Platón en la introducción a una edición de Platón, y los que no cesan de editar y comentar a Platón al mismo tiem-

po que se proclaman, y no con falsa modestia, incompetentes para la filosofía. ¿Hay algo más disparatado, y, repito, en más parasitaria discordanza con lo que D. Marcelino entendía por filología clásica?

Pero todavía hay en todo esto un aspecto más grave. Y es el por qué de esas erróneas actitudes. Porque es el caso que para explicarlas, para entender su génesis, no basta suponer que se trata de puras preferencias personales. Si así fuera, poco habría en ellas de censurable, porque sería posible vivir en paz, cultivando cada uno el género o método de ciencia para el que se sintiese más capacitado. Ejemplo insigne de lo que debieran ser los especialistas limitados fué mi eximio maestro D. José Vallejo, latinista de primera fila mundial, cuyo voluntario encierro en el claustro de su especialidad estaba presidido por su extraordinario talento y sobre todo por una generosidad y nobleza de alma que le abría a la comprensión de todo, y que, lejos de hacerle excomulgar a los no sólo especialistas, les hacía alentarlos y dirigirlos con su sabios y entrañables consejos. Pero, desaparecido él, ¡qué pocos quedan así! Porque, en efecto, esa pacífica repartición, a que nos hemos referido, de los investigadores con arreglo a sus diversas aptitudes es por hoy sólo un gran desideratum; es que quienes piensan y dogmatizan como hemos dicho, si por una parte ensalzan exteriormente a D. Marcelino, en realidad le denigran y desprecian profundamente. ¿Pero por qué? Pues porque en ellos pervive, consciente o inconscientemente, el odio y el desprecio que a D. Marcelino profesaron el Sr. del Perojo o D. Nicolás Salmerón. Es el fantasma perojino o salmeroniano el que alienta en las ridículas palabras despectivas con que la Sra. Lida empezaba en 1953 en la revista basileense *Erasmus* su reseña de la magnífica edición nacional en 10 volúmenes de la Bibliografía hispano-latina de D. Marcelino. Es ese mismo odio y desprecio, enseñado de generación en generación, el que se mantiene en la actualidad, disimulado, aunque mal, en ciertos sectores en España, y bien evidente fuera de ella hasta en las lamentables incomprensiones de hombres por otra parte eminentes como Bataillon o Sánchez Albornoz, quienes, para presentar a D. Marcelino como convicto de error en su defensa de la ciencia española, no vacilan en acudir a tan altas autoridades como la fértil imaginación conjetural de Américo Castro, el primero, y el segundo, la ligereza con que Laín Entralgo sostenía esa tesis valiéndose del argumento de que D. Marcelino viajaba en trenes contruídos fuera de España: como si D. Marcelino hubiera batallado nunca por demostrar la existencia y valor de la ciencia española contemporánea, y no hubiera repetido mil veces que la ciencia de que había de gloriarse España era la de las pasadas centurias, o como si se pudiera negar la existencia de ciencia de un país porque ese país utilice creaciones extrañas: tanto val-

dría entonces negar que en el siglo XV hubiese cultura en Francia, España o Inglaterra porque en esos países se utilizaba la imprenta que ellos no habían inventado.

Y en efecto, por orden de D. Nicolás Salmerón, así se nos ha enseñado desde nuestra infancia: «no existe la ciencia española, D. Marcelino era un beato». Pero cuando, de vuelta de esta gran inocentada, advertimos gozosamente la incomparable grandeza de D. Marcelino; cuando, después de atiborrarnos de ciencia europea, aunque, eso sí, como españoles siempre y como católicos, y ahí está *Humanismo y Sobrehumanismo* para demostrarlo, hemos visto cómo son los propios europeos, a pesar de todo, quienes en los siglos XVI y XVII remiten a los nuestros, que por ellos son llamados *doctissimi viri Hispani*; y cuando, no ya en las grandes figuras filológicas de nuestro siglo XVI y primeras décadas del XVII, conspicuas para todo el mundo, sino ya muy avanzado el XVII y a caballo del XVIII, en la historia de la controversia carmelitana, nos encontramos, llenos del mayor estupor, con un Marqués de Mondéjar cuyos comentarios filológicos son dignos de un Salmasio, de un Gronovio, de un Stanley o de un Küster, cuya erudición iguala a la de un Barthio, y que, por otra parte, fué un ángel tutelar en la cruda persecución a que se vió sometido el lúcido e infatigable Papebroch; y cuando, entre otras muy estimables obras de la época que el propio D. Marcelino encontraba calamitosa en especial para nuestra filología clásica, nos encontramos con que en 1879 se publicaba en Alicante un tratadito de Ortología latina cuyo autor demuestra estar al corriente de todo lo bueno que sobre la materia existía por entonces, y, sobre todo, de las obras de Corssen, puesto que nada de Seelmann apareció hasta seis años después, y de esto deducimos que quizá no estaría de más moderar un tanto el envanecimiento con que solemos proclamar como un timbre de gloria de nuestra época el estar al tanto de lo que se hace en el mundo; y cuando vemos la elevación y preciosa fecundidad de la polémica que D. Marcelino sostuvo, y cómo contrasta con los burdos, estériles y tabernarios dicterios que en los siglos XVI y XVII se cruzaban entre tales eminencias de la ciencia europea como Escalígero, Clavio y Petavio, Casaubon, Baronio y Eudaemon, Kepler y Maestlinus, Wallis y Hobbes, y tantos y tantos otros, no quitando la diferencia de época valor alguno al contraste; y cuando sabemos justipreciar la insignificancia de los errores que cabe descubrir en D. Marcelino, como en cualquier otro genio, que en nada afectan a la grandeza y sublimidad del conjunto y de las ideas que lo presiden, como en el caso de la sañuda y obstinada persecución bibliográfica de que fué objeto una de las mejores obras de nuestro Luis Vives, en donde la rectificación vino pronto, de la pluma de uno de los más fervorosos discípulos de D. Mar-

celino, Bonilla, no habiendo sido en absoluto otra la causa de aquella persecución que la que antes hemos señalado como causa de la persecución de D. Marcelino por los epígonos de D. Nicolás Salmerón, a saber, el afán de venganza, por parte, en el caso de nuestro eximio Luis Vives, de unos frailes de Lovaina, cuya actuación ha quedado bochornosa e indeleblemente marcada en la obra de nuestro gran valenciano; pues bien, cuando todo esto advertimos, una vez más, creemos que estamos dando las claves para que la filología clásica de nuestra patria pueda tomar como luminoso y seguro guía el magisterio de D. Marcelino.

En la introducción al *Menón* se inició el raudo vuelo ascensional de la estimación del bien relativo que en *Humanismo y Sobrehumanismo* estaba como ahogada por la excesiva sobrevaloración de la voluntad de bien absoluto. Hoy estoy en la meta extrema de ese vuelo. Ambas cosas se explican por el hecho de que mientras el siglo XIX español tuvo la dicha de encontrar en D. Marcelino un historiador genial que lo recreó e iluminó como nadie, tal dicha no se ha repetido en nuestro siglo XX, donde nos encontramos como a oscuras y poco menos que ignorando la historia de nuestro propio siglo. La sobrevaloración del bien absoluto había de producirse así a la vista del caótico mundo intelectual que nos rodeaba, mundo dirigido en parte por ciertos maestros que todavía pasan por eminentes y que todavía en 1948 eran capaces de enseñarnos que la epístola a Horacio de D. Marcelino era «superficial» y que había que volver los ojos a Wilamowitz, a Jaeger o a Schadewaldt porque «hoy no es posible el tipo de sabio de D. Marcelino». Esto, que es pura ignorancia de la historia de la ciencia y de la ciencia actual, sustituidas con las primeras nebulosas encontradas allende el Pirineo, es, pues, también lo más verdaderamente anticuado y anquilosado, lo que más decididamente se opone al progreso de la filología clásica. Y una vez conseguida la postura temperada en que se aprecia debidamente el bien relativo como lo único que, como cifra y esperanza de otro mundo, nos es dado alcanzar en éste, ninguna tarea más urgente, ni más gozosa, que la de hacer la verdadera historia de esa filología, tan mediocremente hecha hasta ahora, y para la cual tenemos la dicha de contar con D. Marcelino como nuestra verdadera luz y nuestro mejor maestro:

εὐμενὲς ἦτορ ἔχων μνήμην σέο πέμπε, φέριστε.